

Omar Alejo

En busca de lo olvidado

(3.990 palabras)

SHORTSTORY_TECPRIZE_EN BUSCA DE LO OLVIDADO

Instituto Tecnológico de Monterrey

Banco Santander

Bogotá, 12 Abril 2018

Omar L. Alejo Riveros - omarleonelalejo@gmail.com - Tel: +57 312 443 0094

I – El canto de las sirenas

Amira disfruta de salir al jardín a recibir los rayos del sol. Sentada sobre un tronco de árbol respira con suavidad el aire de madrugada. Con 16 años, ya era reconocida por poseer mente ágil y cuestionadora. Hace poco me había preguntado acerca de un sudafricano apellidado Musk, conocido por haber logrado el aterrizaje vertical de un cohete espacial en una pequeña plataforma en medio del océano.

Yo la observo desde la puerta de la casa de campo. Me sentía satisfecho por la vida que me había correspondido. Llevaba cuarenta años laborando de profesor de colegio y universidad. Ella gustaba de disertar conmigo sobre historia antigua, el destino del mundo, la naturaleza humana. <<Nada apropiado para su edad –diría la gente.>> Me sentía contento de que mi mayor desafío como enseñador del conocimiento habría de ser con ella, mi nieta.

– Abuelo Theo ¿recuerdas la enseñanza de tu colegio cuando niño? –miró curiosa mis ojos.

– Sí lo recuerdo. Fue hace 56 años. Aprendía repitiendo muchas veces, cientos de veces las cosas –reiteré–. Pero eso está cambiando. Nuestra tecnología era rudimentaria comparada con la de ahora.

– La tecnología ha cambiado... –se dijo a sí misma–. ¿Y qué tanto lo ha hecho? –preguntó.

– Bastante –le dije a secas–. Un admirador de la tecno-ciencia nos diría que estamos en nuestro mejor momento de tecnología y conocimiento. Por ejemplo... –enumeré con mis dedos.

>> genoma humano identificado para clonación, cura de enfermedades y vida corporal larga.

>> algoritmos y *big data* para convertir billones de datos en mensajes con valor económico.

>> pequeños ordenadores, drones e internet para interactuar donde sea y obtener información ilimitada.

>> comunicación visual instantánea con cualquier lugar de nuestro planeta.

>> androides e inteligencia artificial autónoma, autosustentable, capaz de analizar en nanosegundos, billones de datos y tomar decisiones.

>> la astrofísica captando ondas gravitacionales y buscando vida inteligente en los confines del universo.

>> vehículos y naves autónomas con capacidad de ir a otros planetas.

– ¿No es extraordinario como para decir que estamos en la cúspide de nuestra civilización? Eso nos diría un entusiasta de la tecnología –le destaque.

– En verdad se oye asombroso, Abue. Cuando yo tenga tu edad habremos visto cosas inimaginables.

– No lo dudo mi bella señorita. Pero yo me pregunto. ¿Cambiará la forma de pensar de la gente, lo suficiente, como para entender la tecnología y darle buen uso?

- ¿Acaso la forma de pensar tiene que ver con la tecnología? –abrió sus ojos.
- Claro que sí –respondí seguro–. Espero que adviertas la importancia de este asunto.
- Con tanta tecnología la gente seguro habrá cambiado y entendido las implicaciones – ella afirmó.
- Pues veo que lo que varía es su manera de vivir. Pero, la forma de ver la vida, de pensar acerca del mundo, no se ha modificado desde hace mucho tiempo, quizá miles de años.
- ¿Cómo así Abue? ¿Acaso la nueva tecnología no transforma la manera de pensar?
- Yo esperaba que hoy día con los últimos avances eso sucediera. Pero observo que las personas tienen el alma congelada. La mayoría. Actualizan celular, auto, computador, ropa, pero hay algo que no les permite transformarse a sí mismas, en su interior –le dije inquieto.
- Quizá tengas razón –asintió–. Yo pensaba que la abuela había cambiado en muchos aspectos. Pero no fue así. Nunca pudo explicarme el porqué de las cosas. Las razones que esgrimía eran las mismas que ahora me dan el tendero del barrio, el cura de la parroquia, la vecina o en ocasiones, el profesor de colegio.

Continuó sin dirigirme la mirada

- Será que repetir siempre lo mismo que dicen los demás, sigue siendo la manera más común como la gente aprende? ¿Estaremos pensando de forma apropiada? –me cuestionó.

– Solemos pensar que, si nuestro entorno varía, por las innovaciones tecnológicas, nosotros también cambiaremos. Y que lo haremos a la misma velocidad que la tecnología. Pero esto último no es cierto –le dije con seguridad–. Escucho a mis colegas cuando dicen que es necesario educar a la gente sobre las innovaciones, su uso, implicaciones, etc. Pero debemos saber, que es más importante educarlas en su forma de pensar. Educar el pensamiento. Un pensamiento educado permite que nuestra civilización avance al ritmo de la tecnología. También debemos conquistar el pensamiento superior – rematé.

Quedamos ambos en silencio. Quería hacerle más comprensible la situación y recordé al griego Ulises.

– Mi niña. ¿Recuerdas cuando leíamos a nuestro héroe Ulises? En una ocasión, este guerrero y sus hombres estaban de regreso de su viaje al Hades, el reino del inframundo humano, morada de los muertos. La diosa Circe acogió a Ulises y sus hombres en medio de la travesía y les advirtió sobre los peligros en su camino hacia Ítaca. Deberían pasar por la Isla de las Sirenas, donde éstas comenzarían a entonar sus cánticos, seductores e irresistibles al oído de los hombres. Tendrían que transitar sin detenerse y taponar con blanda cera las orejas de toda la tripulación. Ninguno podría permitirse oírlas. Excepto Ulises. Para hacerlo, el pediría a sus hombres que lo amarraran de pies y manos al mástil de la galera y que bajo ninguna circunstancia lo desataran. Solo así se deleitaría oyendo sus cánticos hasta llegar a puerto seguro. ¿Crees que en algo se parece a nuestra travesía con la tecnología? –la confronté.

II – El nudo gordiano

Amira estaba esperándome. Me había pedido el favor de que participara con mis opiniones en una tarea que consideraba divertida pero desafiante. Los profesores preferían que lo hicieran con chicos de su edad, pero ella, considerada conmigo, sostenía que yo podía adivinar cómo pensaba un adolescente. Entonces me invitó.

– ¡Mi profe Theo! ¿Cómo estás?

Me sorprendió en la biblioteca husmeando un libro sobre planetas de robots.

– ¡Hola mi bella estudiante! –agarré una de sus trenzas simulando saludarla–. Gracias por invitarme. Comencemos.

– Muy bien Abuelo. Necesito que imagines que eres un chico de mi edad –se sintió complacida.

Pensé en algunas de sus compañeras, pero la decisión fue fácil cuando vi pasar a su hermano Boris hacia el cuarto. Ya había decidido quién sería el pequeño personaje que asumiría para el desafío que me esperaba.

– ¿Y de qué se trata el asunto? Vine mentalmente preparado para ser tu compañero de equipo –la animé.

Amira puso su ordenador sobre la mesa, me pasó una hoja en blanco y un lápiz.

– Para que tomes nota de lo que irás diciendo –me aclaró–. Debemos convertirnos por un rato en ‘Da Vincis’ y decir cómo será nuestra tecnología para la educación en 2050 – declaró.

Supuse que se refería a Leonardo Da Vinci. Comencé a inquietarme pues ese ejercicio imaginativo nunca lo había hecho.

– Además, –levantó su pequeña mano–. Aún recuerdo algunos de los avances tecnológicos que mencionaste. Ese será nuestro material para trabajar. ¿Cuáles seleccionamos?

– Los que tengan que ver con tu aprendizaje en el colegio. Con tus profesores, la forma como se aprende, con...bueno, tú ya sabes... –le dije rápido para no darle más opciones–. Me sentía cual pez en el agua.

Cerró sus ojos por un instante y lanzó la primera pregunta.

– ¿Te imaginas un profesor robot?

Tocó mi oreja y la torció, puso su dedo sobre mis párpados, los abría y cerraba como quien revisa una máquina antes de ponerla en marcha. Puso tres dedos sobre mi pecho y giró una perilla imaginaria, simulando darme cuerda.

– ¡Adelante, a trabajar Robot Theo! –me ordenó.

Sin pensarlo mucho comencé a seguirle el juego.

– *“Hoy veremos robótica inteligencia artificial”* –le dije simulando tono y lenguaje básico del robot.

– *“Y llámeme Androfeesor Theo”* –dije satisfecho de ponerle nombre al androide profesor.

Mientras ella aplaudía mi entrada al escenario, yo me sentía afortunado de ejercer todavía una profesión que sería arrebatada por un chip-cerebro de hojalata con mayor información que la biblioteca de la mejor universidad. Sentí que simular de androide no era solo un juego de imaginación. Era una realidad inminente; en un futuro muy próximo estos androfesores estarían reemplazándome.

– ¡Necesito saber cómo funcionan los androfesores! ¿Cómo me ayudan a aprender? – cuestionó contenta.

Sus preguntas fueron directo a la yugular de mi cuello de hojalata. Cerré los ojos y recordé el libro de planetas y robots. Imaginé escenarios de ese mundo extraterrestre y recomencé...

- *“Respuesta a primera pregunta: ¿cómo funcionamos?”*
- *“Tenemos capacidad interconectar variadas funciones académicas”*
- *“Poseemos archivos cualquier tema y época historia humanidad”*
- *“Trabajamos múltiples idiomas traducción simultánea.*
- *“Conocimiento retroalimentado que aumenta con cada experiencia”*

Tomé un respiro, reorganicé mis ideas y continué...

- *“Respuesta segunda pregunta: ¿cómo te ayudo aprender?”*
- *“Tenemos herramientas proyección holograma 3D, policromático, interactivo todos lugares planeta”*
- *“Ahora debes escoger:”*
- *“Tema y nivel complejidad”*
- *“Después seleccionar entre siguientes escenarios:*
- *“Presentación individual con libros o videos tutoriales”*
- *“Proyección colectiva interactiva con otros participantes cualquier ciudad de planeta”*

Retomé aire...

- *“Finalizada sesión estudio favor continuar con:”*
- *“Examen con androfeesor de conocimientos y posterior aclaración dudas”*
- *“Consulta asesoría en línea con profesor humano director materia”*

– ¡Abue Theo, eso fue extraordinario! Sabía que tenías algo de extraterrestre –exclamó sorprendida

– ¡Uf!... Bien, gracias. Pero no alcancé a tomar nota pues tenía los ojos cerrados.

– Lo que dijiste Abue nos permite ver cómo sería un posible futuro de la educación y el aprendizaje en 2050. Hasta podrán existir procesos guiados de autoinstrucción virtual en casa –dijo emocionada.

– Sí, creo que nos da una buena idea, por ahora. Pero, tendrás que darme cuerda para lo que falta. El genoma humano, la neurociencia, astrofísica, drones, algoritmos... –le recordé.

– No es necesario Abue. ¿Acaso no lo ves? –me habló como si yo hubiese olvidado algo– . Habrá aparatos tan sofisticados que podrán almacenar y procesar todo tipo de información. Unos *big data* estarán interconectados con androides en cualquier lugar del mundo. En un hospital, una nave espacial, un salón de clase, hasta en la misma casa.

– Y los alumnos, los profesores, ¿qué? –estaba intrigado.

– Se podrán vincular personas en diferentes partes del mundo para recibir, o impartir, una clase conjunta con traducción simultánea –respondió presta–. Cada quien escogerá tema,

nivel de dificultad y velocidad de aprendizaje. La educación será personalizada, según capacidades y necesidades. Ahora, dado que un androfeesor no discriminará, será una educación sin problemas por raza, sexo, religión, etc. Se podrán tener 100 o 500 alumnos por clase y 2 o 10 androfesores para que ayuden. Ellos no se cansan, no comen, no duermen y tampoco dan quejas.

– ¿Y yo dónde voy? ¿Yo profesor? –exclamé con la boca entreabierta.

– Tú no desaparecerás, despreocúpate Abue. Serás necesario para coordinar equipos de trabajo, actualizar androfesores y solucionar aquello que éste no pueda.

Quedé absorto. Esta niña ojos de miel era una especie de *big data* con capacidad de procesar información, imaginar, entrelazar datos y crear artificios muy creíbles. ¿En verdad me necesitaba? Me sentí inútil.

– Aunque... –se quedó pensando.

– Continúa –le dije expectante.

– Solo me preocupa una cosa Abue. Poner estos grandes sistemas y androfesores en manos de gente... insensata –dijo tajante.

Quedé sobresaltado. De un instante a otro el asunto de la tecnología en la educación había pasado de la estratosfera al fondo del mar. De la brillantez científica a la insensatez humana, permanente compañera de nuestra civilización. No podía darle respuesta a su inquietud. Agarré mi cabeza entre las manos y quedé mirando a la nada sobre la mesa.

– ¿Qué pasa Abue?

– Esto es un nudo gordiano –exclamé.

– ¿Qué quieres decirme con eso?

Le conté la leyenda del labrador Gorgias, nacido en Frigias, hoy Turquía. Toda su riqueza era su carreta y sus bueyes. Por cosas del oráculo, terminó siendo monarca de la región y en agradecimiento a los dioses ofreció su carreta y bueyes, atados de tal manera que nadie podía desanudarlos. “El asunto de acompañar la ciencia y tecnología con el progreso interior de las personas podría convertirse para muchos en un complicado enredo, similar al nudo gordiano” –le dije para terminar.

III – La espada de Dámocles

Voy conduciendo hacia la casa de campo. Nos esperan los padres de Amira. Ella me acompaña en el puesto de copiloto.

– ¡Hola Abue! Continúo con dudas sobre la tecnología en el 2050

– ¡Adelante pues! pregúntame.

– ¡Explícame bien eso del *big data* y qué inquietudes tienes!

– Bien. El *big data* son todos aquellos datos que generamos los seres humanos en relación con nuestra vida diaria. Incluye el registro de las comunicaciones del mundo, emails, facebook, twitter, whatsApp, instagram, etc., en el planeta; los movimientos en internet; operaciones comerciales y bancarias del mundo; y la información capturada por los 30 millones de equipos especializados alrededor del planeta –le dije en breve–. ¿Sabías que si guardáramos en CD's toda la información generada en 1 año, podríamos formar con ellos dos columnas desde la Tierra hasta la Luna, una de ida y otra de regreso?

– ¡Es increíble! –exclamó–. Jamás lo habría imaginado.

– Lo inquietante es que existen empresas y gobiernos dedicados a recolectar y analizar, con fines específicos, gran parte de la información. La procesan y pueden utilizarla para influir sobre las personas a través de redes de comunicación.

– Pero, eso puede ser amenazador para muchos –exclamó preocupada.

– Sí, y no –le aclaré–. Pues con los algoritmos o lenguajes de programación, podemos crear instrucciones para manejo del *big data*. Es un procedimiento que no es ni bueno ni malo. Es como si tuvieras una vara en tu mano y la utilizaras para ayudar a un pájaro a salir del agua, o ahogarlo. Depende de la moral de cada quien.

– Pero igual podrán saber si lo salvo o lo ahogo –contestó con seguridad.

– No siempre. Quien desee salvar al pájaro generalmente dejará ver sus acciones Pero no sucederá así con el que pretenda ahogarlo, pues buscará ser invisible ante los demás a través de maniobras que lo oculten. A eso se le llama encriptar la información o los hechos. Incluso, puede ser detectable pero no comprensible para el observador.

– O sea que el uso de la tecnología depende de quien la cree o manipule –reconfirmó.

– Es correcto –quedé a la espera de oírla.

– Entonces, tendríamos que enseñar a los demás a usarla de forma correcta –me complementó.

– Sí. Pero... tenemos que volar más alto y comenzar desde enseñar y aprender a pensar – recalqué–. Que nos conozcamos en nuestra naturaleza, las emociones y pensamientos. Instruimos en la reflexión, ser autónomos, responsables y conscientes de nuestros actos. Así, cada uno podrá entender las implicaciones del uso de la tecnología presente y futura. Se trata de preparar a la humanidad para un momento decisivo en nuestra civilización. Todo esto si queremos pasar la página de lo que hemos sido y pensado desde hace miles

de años. Nuestra misión es construir una renovada humanidad de la mano de la tecnología.

– Abue, a veces pienso que hay cosas que penden de un hilo.

– Ahora que dices eso me recuerdas a Dámocles –quería ilustrarle la situación–. Era un miembro de la corte de Dionisio I, gobernante de Siracusa hace aproximadamente 2.400 años. Adulaba tanto a Dionisio, que este le dio la oportunidad a su cortesano de ser gobernante por un día. El convenido día, Dámocles organizó un gran banquete con vino, música, danza y bellas doncellas. Terminada la celebración pasó a ocupar el cetro de gobierno para disponerse a seguir ordenando. Sin embargo, observó que arriba del sillón que ocupaba, había una gran espada que pendía directamente sobre su cabeza. Estaba sostenida solo por un único pelo de crin de caballo.

Hice una breve pausa.

– Recuerda mi niña –retomé la palabra–. Quien maneje poder a través de la política, religión, tecnología, dinero, o lo que imagines, siempre correrá el riesgo de perder su reino y mucho más. De un solo golpe, incluida la vida propia y de otros cuantos.

Hubo silencio. Era hora de cenar. Amira ordenó sus útiles de estudio y se dispuso a descansar.

En su cuarto, solitaria, retomó las charlas sobre los riesgos de la tecno-ciencia y su indebido uso. Bajo su ordenador reposaba un artículo de prensa elaborado por un experto en el asunto. Mencionaba que algunos de los avances estaban siendo utilizados por la gente de manera inadecuada. El beneficio económico indebido, la difamación de alguien en su reputación, información falsa y engaño con propósitos delictivos. Las afecciones psicológicas e inhabilidad de jóvenes para comunicarse con los demás, también estaban incluidas. Todos estos eran problemas que se estaban transformando en epidemia social. Frases como que, la tecnología se estaba convirtiendo en infamia y que la revolución tecno-científica estaba tropezando con problemas de orden ético en el mundo entero, se hallaban citadas. ¿Qué solución fundamental proponían allí, a este desafío? La respuesta era una...“educación renovada y acorde con los retos de las nuevas circunstancias.” Pero, no aparecía propuesta específica. ¿Cómo hallar a alguien con una explicación? –se cuestionó Amira.

IV – El lago Mnemósine

Amira no ha perdido el deleite de salir al jardín. El tronco de árbol ahora tiene nuevos ramales que le proveen sombra fresca. Alrededor de sus ojos, han aparecido ligeros pliegues que le confieren especial encanto y madurez. Han pasado treinta y dos años desde la primera vez que comenzó sus diálogos con Theodor. Corre el año 2050, el presente de aquellas conjeturas que otrora hicieron sobre el futuro. Su abuelo aún vive, sigue siendo su confidente. Hoy, en la casa de campo, ella desea que él le explique cómo educar para el pensamiento superior.

– Abuelo. Recordaba que hace más de treinta años habíamos imaginado el mundo para estos días y sus avances tecno-científicos.

– ¿Y qué opinas, ahora, que estamos en ese momento? –la animé con gentileza.

– Bien –cerró los ojos por un instante–. Hay cosas que han rebasado lo que imaginamos. Los robots y la inteligencia artificial me sorprenden. Nos apoyan en múltiples tareas sociales, empresariales y de educación. Todo está interconectado. Es casi imposible pasar desapercibido. Podría decir que la tecnología ha generado un cambio histórico en nuestra civilización. Pero... –frunció su ceño.

– Creo saber lo que raciocinas –la interrumpí–. Hay pensamientos, creencias y costumbres que no se han modificado. Cosas que consideramos indispensables para nuestro bienestar, siguen teniendo el mismo valor caduco. Por ejemplo. El dinero. Pocos saben con qué propósito se inventó. Pero la gran mayoría cree saber para qué sirve. Acumular, gastar, ostentar y obtener tranquilidad son, entre otras, las explicaciones.

Dicen que, si tenerlo es bueno y tener bastante es mucho mejor, resulta permisible conseguirlo de cualquier manera. Y ahí, al frente, está la ciber-tecnología.

Inspiré y continué.

– El poder. Por ejemplo, la fuerza de la palabra. Aún la manejamos de manera insensata en las redes. Las falsedades campean y hay ignorantes que las repiten fungiendo de sabedores. Como sociedad, de ésta y otras formas de poder no hemos aprendido a sopesarlas en su justa dimensión. Estamos poniéndonos obstáculos que nos impiden el crecimiento humano.

La miré a sus ojos y proseguí.

– Y el reconocimiento social. Si bien la *web* se creó con la intención de acercarnos unos a otros, muchos la utilizaron para ser reconocidos como una persona a imitar, en muchas ocasiones alejada de la verdad. Por narcisismo o ignorancia, el ser admirado socialmente desplazó al legítimo acercamiento entre las personas. Se esfumó la oportunidad del verdadero diálogo, de conocerse a sí mismos a través del otro. Entonces, pasó algo con la autoestima y el bienestar propio. Dejaron de ser auténticas entre las partes.

– Querido Theo. Veo que habla la razón –exclamó–. Pero... ¿existe un camino para transformar a las personas y lograr mayor conocimiento? Te escucho –demandó.

– Sí. Hay un camino. Un proceso –le dije con certeza.

Tomé aliento y proseguí.

– Lo primero que debemos entender es que, ante todo, somos emociones y pensamientos. En ese orden. Primero sentimos y luego pensamos. Tenemos el compromiso de conocernos en esa parte de nuestra naturaleza. Un apasionado de la tecnología diría que educarnos en eso, es tontería. Pero no lo es –le reiteré–. Porque lo primero que uno involucra frente a inventos tecno-científicos son nuestras emociones y pensamientos. El asombro, el deseo sobre las tecno-novedades. Esas son emociones.

– Lo segundo es educar a la gente en la importancia del diálogo con los demás para crecer en la comprensión de la vida y del mundo –continué–. Con las técnicas de comunicación un buen número de personas, lejos de lograr mayor acercamiento, terminaron por aislarse y reducir la posibilidad de encuentros reales –enfaticé–. Un encuentro real permite compartir experiencias, aprender del otro y comprenderlo en sus circunstancias. En la medida que preservemos los contactos reales y personales, desarrollaremos habilidades sociales como la observación y el discernimiento. Es necesario adoptar mecanismos legítimos de socialización, apoyados en la nueva tecnología. Si la ciencia avanza rápido pero nosotros no cambiamos con el ritmo que ella lo hace, llegará el momento en que caigamos al fondo de la brecha que estamos construyendo.

– Eso que me dices, ¿lo concluyes en silencio, mientras el bullicioso mundo externo se desploma? –preguntó inquieta.

– Eres perspicaz. Correcto –le reconfirmé–. Acabas de abrir la puerta a la tercera recomendación: la reflexión. Una habilidad que puede ser desarrollada y que me ayudó a deducir mucho de lo anterior. El discernimiento se fortalece cuando somos conscientes de nuestras emociones y pensamientos –le complementé–. Quien reflexiona tiene claridad, entre otras cosas, sobre sus emociones y crea mecanismos para modificar las consecuencias de sus pensamientos y actos hacia los demás. Características del reflexivo son: pensar para hablar y sopesar las consecuencias antes de actuar.

– La mente que cavila y medita deviene en pensamiento crítico, ¿estoy en lo cierto? – recordó nuestras charlas.

– Es correcto mi querida dama. Y bien entrenada nos conduce al cuarto escaño, el pensamiento crítico. Este trabaja como un bisturí de cirujano al diseccionar cada una de aquellas creencias y costumbres inculcadas por decenas de generaciones. Así, podremos evidenciar las falsedades que ellas contienen. Es el acto de deconstrucción de nuestras creencias. Esto es, destruimos lo incoherente y construimos lo sensato, según nuestra capacidad de entendimiento. En ese momento de evidencia, estamos frente a la posibilidad de ser autónomos, nuestros propios maestros y creadores.

– Has llegado al punto que me produce intriga. El pensamiento superior... ¿A eso te referirás?

– Sí. Estamos llegando al quinto escalón, muy importante –añadí–. Cuando alcanzamos el pensamiento superior representado en fundamentos renovados, nuevos horizontes trazados por mente y emociones transformadas, con almas remozadas, estaremos en la posibilidad de acceder a conocimiento universal privilegiado. El mismo que hoy, seguimos requiriendo con urgencia para trascender como civilización. Obtenido, serán parte de nuestro estado del alma la plena conciencia y soberanía personal sobre nuestra vida, el percibir que ésta no es más que múltiples experiencias en perfecta correspondencia con el universo, y que gran parte de aquello que se entiende por felicidad, reside en la armonía interna en sintonía con el cosmos. Así estaremos en posibilidad de recrear un mejor mundo, apoyados en la tecno-ciencia y conscientes del futuro que consideremos merecer.

Gracias por eso que dices Abue –quedó pensativa.

No olvidemos que, –la despabilé– si a futuro queremos explorar otros lugares del universo, sin un pensamiento superior, sería como enviar un simio a establecer contacto con otras civilizaciones. Debo decirlo.

– Abue, Cómo humanidad, ¿todos podremos estar en ese punto superior?

– No –afirmé seguro–. Según una leyenda griega, en el Hades habrá quienes beban, del lago Leteo, el agua del olvido. Otros beberán, del lago Mnemósine, el agua de la memoria. De ésta probarán los deseosos del conocimiento. Es decisión nuestra de cuál

deseamos tomar. Pero, también debes saber, que pocos desearán libar el agua de la memoria.

Amira observa con detenimiento a su querido Theo. A sus 92 años conservaba su lucidez mental. Pero esta no era su mejor cualidad. La capacidad de observar, de interactuar de manera acertada con la tecno-ciencia, reflexionar, transformarse cada día, y comprender con suavidad el universo, eran los ases de la baraja que le permitían ser dueño de sí mismo. Era un hombre en verdad feliz, bajo cualquier circunstancia, sin necesidad de aquello que la gente buscaba con tanto ahínco.

* * *